

TE DE CEYLAN * EL MEJOR

SYRA * SYRA * SYRA

LOS MEJORES

ALFILERES

DEL

MUNDO

PYR * PYR * PYR

LA IMPERDIBLE

HORQUILLA

PARA EL

CABELLO

TIENDA DE
DON NARCISO
SAN JOSÉ DE COSTA RICA

“LA DOUZAINÉ”

BROCHE AUTOMÁTICO

PARA LAS

“MANERAS”

DE LAS ENAGUAS

“BON TON”

ELÁSTICO PARA LIGAS,
SOMBREROS, ETC.

PAÑUELOS

DE CALIDAD SUPERIOR
Y LINDOS DIBUJOS

¢ 4-00 * CORSÉS “C. B.” * ¢ 4-00

MAGAZIN COSTARRICENSE

LEÓN FERNÁNDEZ GUARDIA

AMANDO CÉSPEDES MARÍN

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Sus Editores no aceptan subvenciones de Gobiernos, Partidos Políticos,
Empresas Comerciales, ni Trusts.

Vol. I

SAN JOSÉ, COSTA RICA
♦ Julio de 1910 ♦

No. 3

RECUERDOS DE CARTAGO



LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES
destruída casi totalmente por el terremoto del día 4 de mayo
á las 6 h. 47 m. 35 s. de la noche.

Moral y Moralidad

Continuación de los interesantes artículos de divulgación popular, á cargo del Profesor don SALOMON CASTRO. Hemos recibido numerosas felicitaciones por estos artículos y esperamos que éste sea tan gustado como los anteriores.

(AJENO)

DURANTE siglos, los explotadores de la ignorancia humana y de la credulidad, que es su consecuencia, se han arrogado el monopolio de la moral. Haciendo de cada armazón mística el sostén indispensable de la conciencia, han adquirido sobre ella un dominio que ha perpetuado la mayor parte de los prejuicios, de las supersticiones y de los fanatismos del hombre primitivo. Amalgamando las distintas formas del misticismo con la política, han constituido, en el seno de las sociedades modernas, una verdadera empresa de reacción y de regresión.

Al presente, el hombre consciente rehusa obedecer á una moral que no puede comprender, porque pretende ser tenida como de origen sobrenatural; rehusa obedecer á una moral absoluta, porque sabe que todo se transforma en el universo y que su propia vida, que una ética inmutable pretende guiar, no es más que un perpetuo movimiento. Rehusa erigir en condición de salud la fe en dogmas en los

cuales no está en su arbitrio creer ó no creer.

El hombre se ve obligado por la herencia y la educación en el período inconsciente de su vida, á creer lo que puede y no lo que quiere; por consiguiente, es una locura admitir que estas creencias puedan condenarlo á un castigo eterno.

El hombre consciente no admite más moral que la humana, es decir, la que resulta de las relaciones entre los hombres. Esta moral varía en el tiempo y en el espacio.

La moral del siglo XX no es la moral de la Edad Media; la moral china no es la moral congoleña. Varía con las creencias religiosas: la moral budista es distinta de la moral cristiana. Con las convicciones políticas: la moral conservadora difiere de la moral revolucionaria; con la situación económica: la moral capitalista se opone á la moral proletaria; con la herencia individual: la moral de un antropófago no es la de un vegetariano. En resumen: *la moral humana sufre todas las variaciones á que está sujeto el individuo según la casuali-*

dad de su nacimiento sobre el planeta.

Todos los hombres tienen en común ciertos caracteres físicos y morales. Al paso que la especie se subdivide en grupos más y más limitados, en razas, en naciones, etc., las analogías físicas y mentales entre los miembros de cada grupo se hacen más numerosas; así, la comunidad de principios morales crece con la más acentuada diferenciación de los grandes grupos. En resumen, se puede decir que hay *una moral humana general que comprende unos pocos principios admitidos por todos los hombres y una moral particular que varía según las agrupaciones, y aun, según los individuos.*

La moral no es una cosa exterior al hombre, exterior á la sociedad; no llega á los hombres; va con ellos, sale de ellos; se enseña por el ejemplo, por la imitación, por la sumisión á los impulsos de las influencias ancestrales y también por la resistencia á éstos, bajo el imperio de la voluntad y el juicio personal.

¡No hay una moral absoluta! La moral se manifiesta en la vida y no es otra que la que resulta de las relaciones entre los individuos. Cambia según la naturaleza de estas relaciones. Estas no son palabras, son hechos. Estos hechos existen; podemos comprobarlos.

La moral no se impone en bloque á la humanidad; está en vía de elaboración perpetua.

Es útil saber á lo que se re-

duce la moral para que la comprensión de su relatividad nos incite á hacernos menos tiránicos, menos intolerantes.

Los que compartiendo nuestras ideas sobre la moral no hayan podido darse, después de pacientes meditaciones filosóficas, principios directores de conciencia, podría sentirse desamparados.

No pudiendo acogerse á una fe que han abandonado irrevocablemente, ¿no caerán tal vez en el escepticismo, más peligroso que aquélla?

Creemos que esta caída es imposible para aquellos á quienes alumbra un ideal cualquiera.

Todo hombre lleva en sí tendencias útiles y nocivas á la dicha individual y colectiva. Esforzarse en liberar, fortificar, difundir las tendencias favorables; atrofiar, restringir las tendencias nocivas, es practicar una moral humana conforme con nuestros principios, porque tiende á mejorar la vida.

Tomando en cuenta que la sociedad actual descansa, en nueve décimos de su peso, sobre la iniquidad y la mentira, que encarna insuficientemente el sentimiento de la solidaridad humana y la creencia en la potencia del Arte para embellecer la vida, propondríamos los preceptos morales que siguen:

*Menos injusticia,
Menos mentira,
Más bondad,
Más belleza.*

En resumen, grabada á fuego en la conciencia de los hombres

esta leyenda: «*Más Justicia, Verdad, Bondad y Belleza*».

ADAPTACIÓN (MÍA)

Existe una religión universal, *la religión del honor*. Por sobre las cumbres donde la esperanza de los hombres ha clavado sus interrogaciones á lo desconocido, se extiende una atmósfera diáfana, serena, accesible á todos: es la *zona del honor*. Dentro de ella caben todos los credos y todos los hombres y ella misma es de esencia humana. Por eso hoy ya no preguntamos á un hombre por lo que cree sino que lo juzgamos por su devoción á las prácticas del honor. Las generaciones futuras serán educadas por el *trabajo* y dentro de la religión del *honor*. Las empresas políticas de reacción y regresión son, sencillamente, monstruosas al presente.

*
* *

Los individuos ó corporaciones salientes del conjunto social—especie de jalones de referencia—fueron hasta ayer sagrados; hoy los demoleedores de espantajos sociales han desgarrado el velo que los cubría y las más de las veces se han encontrado con verdaderas colonias de gusanos donde la fácil credulidad había colocado oro y diamantes. ¡Muchas pieles de león han caído para dejar expuestos á la vergüenza pública, pobres é infelices borriquillos!

Y ved ahora los peligros que ha corrido la agrupación social guiada por tales conductores á quienes, como queda dicho, no acompañaba ni el talento ni la virtud: vióse aparecer con todo su mugriento cortejo, la simulación social; y se llamó al idiota, listo y al monstruoso, perfecto y al agiotista, generoso y al soberbio, humilde y al necio, prudente y como el fetichismo pedía virtudes para el ídolo ó los ídolos, se inventaron las virtudes y con ellas se coronó al César ó á los Césares. Y la multitud que *debe imitar, imitó* y celebró—ébria de placer y harta de vino—las glorias de los fetiches.

Después los fetiches atribuyeron á las masas la inmoralidad de los hombres; pero esas multitudes, en cuyo oriente asoma el sol de la conciencia, se yerguen bravamente y arrojan el lodo con que se les quería ensuciar, al rostro de los fetiches explotadores y corruptores suyos!

*
* *

La moral está en las sociedades como la sal en los alimentos; va con los individuos que forman la agrupación y crece y se agranda como las ondas sonoras que parten de un foco de vibración. Washington y sus sucesores han creado un país colosal por su moralidad, cosa que no se observa en los países latino-americanos.

Cuando la hora de las reparaciones suene, al haber de los

pueblos irán los mejores créditos, y al debe de los amos los más espantosos cargos. La justicia, que regula los ritmos y las armonías del universo, es inflexible!

*
* *

Vosotros, todos los que de un modo ó de otro, ocupáis

puesto al frente de los hombres para conducirlos: dad ejemplo con vuestros hechos, no engañéis al ignorante porque,—como el niño,—algún día, el progreso lo llevará á su mayor edad intelectual y entonces os perseguirá hasta en la tumba para cruzaros el rostro con el látigo de sus iras!

A María Aragón

Corto de los jardines de mi tierra
dos rosas palpitantes y sencillas:
las respetó el incendio de la guerra
al recuerdo ideäl de tus mejillas.

Y ellas van hacia ti porque presiento
que todo acabará lo de mis montes;
y quizá sólo se oiga un gran lamento
á través de mis vastos horizontes.

¡Oh, divina mujer: cuando en el cielo
una gasa sombría diga el duelo
de mi patria infeliz, trágica y muerta,

tal vez escuches del pesar la gama.
Entonces piensa que soy yo quien llama
llevando sus dolores á tu puerta!

Adán Canales

Tegucigalpa (Honduras), 1910.

DOCUMENTOS

PARA LA HISTORIA DE COSTA RICA

Juan Santamaría

En esta sección publicaremos algunos documentos de interés para nuestra Historia Patria y que, aunque han visto ya la luz pública, conviene recoger en una forma que sea fácil de conservar y de consultar. Hoy nos ocupamos de Juan Santamaría, cuya existencia ha llegado á ponerse en duda por algunos escépticos y cuya cuna dió lugar en tiempos pasados á acaloradas discusiones.

(A propósito de la intervención yanqui en Nicaragua)

I

EL notable y malogrado escritor centroamericano, Alvaro Contreras, nos dejó un brillante artículo sobre el héroe que hoy recordamos, artículo que fué acertadamente reproducido en dos periódicos de esta República: primero en *El Tambor*, de Alajuela, y luego en el *Diario de Costa Rica*, de esta ciudad.

El justiciero escritor introdujo su trabajo con las siguientes palabras:

«Escribimos sobre un objeto olvidado, sobre una gloria cuyos resplandores no brillan en los recuerdos del pueblo centroamericano, porque el cielo de nuestra vida intelectual se halla todavía entoldado por nubes oscuras que el tiempo y la civilización disiparán».

Hé aquí la pintura que el mismo escritor hace del modo como el humilde soldado supo rasgar la sombra de su vida oscura con el vivo resplandor de su grandioso patriotismo:

«El inolvidable once de abril (1856) el ejército costarricense, valiente y celoso defensor de la América Cen-

tral, era diezmado en Rivas por las huestes filibusteras, que ocupaban un fuerte edificio. Este no podía ser demolido, porque faltaban, de nuestra parte, elementos adaptables al intento.

«Cómo debíamos triunfar en aquel pavoroso conflicto? Cómo vencer á nuestro tenaz enemigo, tan ventajosamente situado?

«Con solo el impulso de un gran corazón, con solo la voluntad de un soldado.

«En medio de la desesperación y la muerte se alzó de nuestras filas una voz superior diciendo: ¿Quién quiere sacrificarse yendo á incendiar el Mesón? Yo, respondió Santamaría, pronta y resueltamente, como si ese terrible encargo fuera un simple precepto de la disciplina!... Con ánimo sereno, tomó una tea, y firme fué á cumplir su consigna, bajo una lluvia de balas. Una de estas inhabilitó el brazo de la tremenda ejecución, pero el otro le sirvió para coronar su grande intento; y nuestros compatriotas vieron, al reflejo de las llamas, una prodigiosa transfiguración y un triunfo tan inesperado como espléndido».

Juan Santamaría es grande entre los grandes. Voluntad, virtud superior no se conoció jamás. Muchos héroes podríamos citar, pero difícilmente presentaremos otro de tanta abnegación como la del insigne mártir de nuestros tiempos heroicos.

Ni la vanidad, ni la soberbia, ni la ambición; ningún estímulo de ese linaje obró en el ánimo de nuestro soldado incomparable: su proeza está exenta de toda mancha. El movimiento de su espíritu fué absolutamente espontáneo. Esta aserción está sostenida en otro párrafo del mismo Contreras.

«Nada que ofrezca interés podemos referir sobre la vida de Santamaría; nada sobre su rango social y sobre su educación, porque todo en él parece que se confundía en ese fondo oscuro y silencioso de la clase heredada y pasiva de la sociedad».

El mismo escritor conviene en otros puntos de su artículo en que Santamaría no tiene semejanza con los héroes en cuyo cuadro debe, sin embargo, dársele puesto. A nuestro juicio, esa falta de similitud, que nosotros reconocemos también, consiste nada menos que en la falta de móvil concreto que hubo en Santamaría cuando aceptó el sacrificio de su vida. Su espíritu superior obedeció á una causa superior que no admite análisis. A una intuición grandiosa, pero no inspirada por estímulos vulgares.

La figura de Santamaría se destaca del cuadro de los héroes, porque ningún cálculo egoísta puso la tea en su mano y con ella la vida ante las balas del enemigo.

La causa de su tremendo arrojo debemos buscarla en la naturaleza extraordinaria de su alma, en el temple maravilloso de su corazón, al que no faltó ni un solo átomo para ser dechado de corazón entero.

Esos párrafos tomados de un extenso editorial de *La Gaceta* de 15 de junio de 1887, son el despertar del sentimiento público, tratando de levantar la figura del soldado que en los campos de batalla había salvado con el sacrificio de su vida, la vida de la Patria. Pueden los héroes

permanecer tal vez olvidados durante los azares de la guerra y aún algunos años más tarde; pero jamás podrá borrarse su sombra cuando majestuosa se proyecta en el cielo nacional. El indiferentismo transitorio de sus conciudadanos y aun las intrigas del egoísmo jamás podrán alcanzar á borrar su memoria, porque la verdad surge siempre á despecho de todas las ingraticudes de los hombres.

II

A mediados de enero de 1900, tuve la particular satisfacción de revelar á la luz pública el documento original que á la letra dice:

Excelentísimo Señor

Presidente de la República

Manuela Carvajal (a) Santamaría, mayor de sesenta años, de oficio mujeril y vecina de la ciudad de Alajuela, con el respeto debido y en forma legal ante V. E. expongo: que habiendo marchado mi hijo Juan Santamaría, llamado vulgarmente Erizo, en la primera expedición que fué á Nicaragua el año próximo pasado á combatir el filibusterismo, y en clase de Cabo ó Tambor y como soldado del ejército vencedor de Costa Rica, militó como uno de los más valientes, y por último, no habiendo habido en todas las filas otro que tuviese valor de incendiar el mesón en donde se hallaba refugiado y parapeado el enemigo, causando gravísimas pérdidas en nuestras fuerzas, él fué el único que, despreciando el evidente peligro de su existencia, se decidió á perderla por desalojar al enemigo y economizar la pérdida de tanta gente; y en efecto, habiéndolo puesto en ejecución, sin que le arredrase ni le pudiese intimidar el torrente de las balas que le lanzaron los rifles filibusteros en defensa de su guarida, consumó felizmente la obra junto con el sacrificio de su vida, quedando sepultado bajo las ruinas del indicado mesón, como es público y notorio. Esta acción heroí-

ca de mi susodicho hijo es tanto más recomendable y meritoria, si se atiende á que ella fué un efecto de su valor y patriotismo únicamente, puesto que él no era más que un simple jornalero, que no tenía un puesto elevado ni ningunos bienes que defender.

Yo, Excelentísimo Señor, siento como es natural, la pérdida de un buen hijo, que como pobre trabajaba y se esforzaba por mi mantención (*sic*) considerándome sin recursos de qué subsistir, en una edad avanzada y achacosa; sin embargo, cuando considero que mi referido hijo terminó su carrera en el campo del honor y fué sacrificado de su espontánea voluntad en las aras de la patria para contribuir como el que más á su libertad y defensa, me resigno con la voluntad de Dios, mayormente cuando observo que el Supremo Gobierno encargado de sostener el orden y defensa de la Nación que se le ha encomendado, sabe distinguir y premiar el mérito de los que le sirven y enjugar las lágrimas del desvalido.

Por tanto, Excelentísimo Señor, obligada de la necesidad imperiosa en que me hallo constituída, en una edad tan avanzada y achacosa, sin poder trabajar y sin recursos de qué subsistir, por haber perdido el único, que era mi mencionado hijo que cuidaba de mí, llamo la atención al Supremo Gobierno implorando una mirada compasiva sobre una infeliz y suplicando que os sirváis concederme un montepío, si lo consideráis justo, á más de la gracia que me convenga en conformidad del artículo 6º del decreto del Excelentísimo Congreso, Nº 18 de 26 de Octubre próximo pasado.

San José, 19 de Noviembre de 1857.

Excelentísimo Señor Presidente de la República.

No sé firmar y lo hace por mí el que suscribe.

Por la señora Manuela Santamaría,

(f.) *J. Rafael Ramos*

Sala del Despacho de Hacienda y Guerra.—En el Palacio Nacional.—San José, Noviembre 24 de 1857.

Constando al Gobierno la realidad de los hechos de que hace referencia este memorial y los servicios y denuedo con que en la campaña del año próximo pasado se mostró el Tambor Juan Santamaría, vecino de la ciudad de Alajuela, que murió en el combate del 11 de Abril: y siendo el expresado Santamaría hijo *único* de la señora Manuela Carvajal (a) Santamaría, el Gobierno le concede á ésta la pensión vitalicia de tres pesos mensuales que empezará á tener efecto desde el 1º del mes de diciembre próximo en adelante.—Comuníquese. (Hay una rúbrica).

Rubricado de mano de S. E.

(f.) *Jq. Bernardo Calvo*

Comunicado en la fecha al Intendente General, al Comandante y al Habilitado».

El hecho de haberse puesto, rubricado y legalizado el acuerdo de Gobierno al pie del mismo escrito presentado por la señora madre de Juan Santamaría, contribuyó indudablemente á retardar su publicidad, dando así campo á la leyenda, que en el trascurso de medio siglo levantó muy alto la figura del soldado heróico. Juan Santamaría aparece envuelto en una nube formada por la fábula, por el testimonio de quienes lo conocieron, y por el dicho de otros que sin haberlo visto siquiera deseaban aparecer asociados á un hecho tan glorioso. Faltaba un documento que á raíz de los acontecimientos hiciese constar la hazaña por escrito, y ese documento existía rubricado por el señor Presidente de la República, don Juan Rafael Mora, quien se halló en Rivas al momento mismo de consumarse el sacrificio; el testimonio es irrecusable, la prueba completa; sobre ese pedestal la estatua del soldado puede descansar con solidez perdurable.

En el acuerdo en que se hace constar por el Gobierno la realidad de

los hechos, se dice que Juan Santamaría era hijo *único* de Manuela Carvajal, pero esa palabra está testada en el borrador que corre á la margen del escrito. Ese error insustancial tuvo su origen en el dicho de la pobre anciana, de que el mencionado hijo era el único recurso con que contaba antes del 11 de Abril de 1856 para atender á sus necesidades.

Don Pepe Obaldía recogió la tradición y la exhibió iluminada con los destellos de su palabra; Alvaro Contreras revistió al soldado humilde con el traje de los héroes; el doctor Montúfar consignó el acontecimiento con la imparcialidad que al historiador se impone; y la patria reconocida erigió un monumento á la memoria del héroe, que simboliza el valor y arrojo del soldado costarricense.

En el libro copiador de comunicaciones, que del Ministerio de la Guerra se enviaron al Habilitado el año de 1857, se registra la número 145, cuyo texto dice: «El Excelentísimo Gobierno por resolución del día de ayer, ha tenido á bien conceder á la señora Manuela Carvajal (a) Santamaría, vecina de la ciudad de Alajuela, la pensión vitalicia de tres pesos mensuales, en consideración al denuesto con que en la campaña del año próximo pasado se mostró el tambor Juan Santamaría, hijo de la agraciada, que murió el 11 de Abril en Nicaragua; debiendo empezar á tener su efecto la indicada pensión desde el 1º del mes de Diciembre próximo en adelante. Dígolo á V. para los efectos que son consiguientes. Dios guarde á V.—Novbre. 25 de 1857».

* * *

Los filibusteros habían tomado posesión de la plaza pública y de todas las casas que limitaban sus contornos, inclusive los campanarios de la iglesia, al oriente de la plaza y el Mesón de Guerra que ocupaba toda la manzana opuesta á la iglesia, con la referida plaza de por medio.

El Estado Mayor de Costa Rica estaba situado en la esquina Noroeste de la siguiente manzana, al poniente del Mesón; y contiguo al Estado Mayor, con calles de por medio, otros cuarteles también costarricenses, de cuyas ventanas, claraboyas y parapetos se hacía un fuego nutrido sobre las fuerzas enemigas. La ciudad de Rivas estaba así dividida: la mitad del Este en poder de los filibusteros; la otra mitad dominada por los costarricenses.

«En los primeros momentos vió Mora tan apurada la acción, dice Jerónimo Pérez, que mandó replegar la tropa que dejó en La Virgen bajo el mando del Coronel Juan Alfaro Ruiz, que habiendo llegado de refresco hicieron una carga nutrida, que contribuyó á desalentar á los americanos, en términos que por la tarde del mismo día once, ya no intentaban avanzar terreno. Los costarricenses entonces se empeñaron en desalojar á los filibusteros de un gran edificio situado en la línea occidental de la plaza, y no pudiendo hacerlo por la fuerza, le prendieron fuego y las llamas produjeron su efecto. Este edificio era el Mesón de Guerra, llamado así del apellido del dueño.»

También William Walker en su relación histórica dice que «en la tarde el enemigo incendió algunas de las casas ocupadas por los americanos y el fuego de sus rifles desde una torre al frente de la columna de Brewster, comenzó á hacer difícil la comunicación entre la parte oriental y occidental de la plaza.»

El primer empuje de los filibusteros había sido terrible; Machado, con su escuadrón de nativos, había llegado á cuarenta metros del Estado Mayor de Mora; Sanders, con cuatro compañías, había inundado las calles de enemigos, por el Norte, hasta llegar á la plaza. Brewster, con tres compañías, ocupó la ciudad por el Sudeste; Natzmer y O'Neal, por la izquierda, con la división de rifles: y Fry, con sus compañías de infantería ligera, formaba la reserva.

Considerado el combate del 11 de Abril con toda imparcialidad, debe-

mos reconocer en primer término el valor y denuedo con que se batieron los costarricenses, en una lucha que bien puede llamarse cuerpo á cuerpo, teniendo al frente tropas enemigas numerosas y muy superiores en disciplina y armamentos militares. El incendio del Mesón fué un hecho de importancia decisiva; por eso la Patria le ha confiado á Juan Santamaría el honor de mantener siempre en alto el hachón que simboliza el fuego sagrado de la libertad.

III

El 9 de junio de 1865 se elevó la pensión vitalicia concedida á la madre de Juan Santamaría á doce pesos mensuales. Dice el Decreto VI:

El Senado y la Cámara de Representantes de la República de Costa Rica, reunidos en Congreso.—Considerando el importante servicio prestado á la patria por el finado Juan Santamaría, el 11 de abril de 1856 en la ciudad de Rivas, República de Nicaragua.—Decretan.—Artículo único. Desde la publicación de este Decreto, gozará la señora Manuela Gallego, anciana, pobre, y legítima madre de Juan Santararía, la pensión vitalicia de doce pesos mensuales.—A la Cámara de Senadores.—Dado en el Salón de Sesiones.—Palacio Nacional, San José, mayo veinte y tres de mil ochocientos sesenta y cinco.—Manuel A. Bonilla Vice-Presidente.—Salvador Lara, Secretario.—Manuel Sáenz, Secretario.—Al Poder Ejecutivo.—Sala de la Cámara de Senadores, Palacio Nacional, San José, junio siete de mil ochocientos sesenta y cinco.—José María Montealegre, Presidente.—Vicente Herrera, Secretario.—Ramón Fernández, Secretario.—Palacio Nacional, San José, junio nueve de mil ochocientos sesenta y cinco.—Ejecútese.—Jesús Jiménez.—El Secretario de Estado en el Despacho de Hacienda y Guerra.—Francisco Echeverría.

Esta constancia figura en nuestras Colecciones de Leyes, ellas son del dominio público desde hace muchos

años y parece extraño que los periódicos de nuestra hermana República de Nicaragua, tan celosos por investigar la verdad en asuntos de la campaña nacional de 1856, que tanto interesa á la historia de la autonomía de Centro América, no hayan tomado nota de ese documento y de otros varios relativos á la hazaña de Juan Santamaría.

No se ha puesto en duda el hecho mismo del incendio del Mesón en Rivas; mas, debido al escaso valer personal del soldado que llevó á cabo esa hazaña de gran valor indiscutible, el nombre de Juan Santamaría en su tiempo pasó sin gran resonancia, les parecía un acto natural, pues como dice el General don Víctor Guardia, al comunicarse en los cuarteles costarricenses en Rivas la orden de asalto, todos nuestros soldados acudieron á sus puestos, sin que uno solo faltase á la llamada que hicieron los clarines de guerra. Eso por un lado, y el pánico que el cólera asiático causó en el país, contribuyó á que el héroe humilde se confundiese con la inmensa falanje de patriotas sacrificados el 11 de abril de 1856, hasta el mes de noviembre del mismo año, en que el Estado comenzó á hacer el recuento de sus hijos predilectos, tratando de aliviar las penas de las familias desvalidas, aunque bien es cierto en muy pequeña parte, porque las circunstancias del Tesoro Público eran aflictivas debido á los desastres de la campaña, que había conmovido hasta los últimos pueblos de Centro América.

En Costa Rica, la verdad histórica estaba tan arraigada que á nadie se le habría ocurrido hacer discusión en este asunto, No ha sido sino en los últimos años, que se han publicado artículos contradictorios, debido seguramente á la falta de estudio, y á la facilidad con que se acoge cualquier rumor cuando se cree proceder de persona respetable. Estos pequeños obstáculos en el curso de la historia han dado ocasión de obtener declaraciones irrefutables de testigos oculares, por ejemplo la carta del General don Víctor Guardia, pu-

blicada en *El País* de 7 de mayo de 1901, en que dice: «Este es, pues, el momento oportuno para declarar *bajo mi palabra*, que Juan Santamaría, humilde hijo de Alajuela, á quien conocí antes de la campaña, en esa ciudad, fué el que realizó la hazaña del incendio del Mesón de Rivas.»

«Yo me hallaba con un piquete de soldados en un fortín que habíamos ocupado unas horas antes al precio de crueles sacrificios de vidas... Ahora bien, yo vi del alto del fortín, como á la distancia de cien varas, salir á Juan Santamaría de este último punto, encaminarse al Mesón á ejecutar el incendio, regresar tan pronto como creyó realizado su intento y volver por segunda vez con la misma dirección bajo un tiroteo nutrido, por haberse apagado el fuego. Fué entonces que halló la muerte y que quedó su cuerpo sepultado entre los escombros y los montones de cadáveres».

El General don Víctor Guardia es un anciano venerable, que atestigüa el hecho bajo su palabra. Garantiza su dicho el honor militar, la honradez acrisolada, que en horas de angustia para Centro América ha sabido exponer su vida y derramar su sangre en los campos de batalla.

Si sólo ese título tuviesen los historiadores para afirmar la personalidad de Juan Santamaría, él sería bastante; mas, ya que se presenta la ocasión de acumular datos y comprobantes sobre un hecho de tanta importancia, daremos á conocer otro documento, otro testimonio, á nuestro juicio también irrecusable, y que conservamos legalizado en debida forma: es la exposición hecha en los Archivos Nacionales por don Apolonio Romero, Teniente de la primera Compañía del batallón de Alajuela, con quien cruzó las últimas palabras Juan Santamaría, cuando empunñando por segunda vez la antorcha inmortal, al salir á la calle, le dijo al Teniente «recomiéndeme».

IV

En la información *ad perpétuam* que se siguió el año de 1891, publi-

cada el 15 de setiembre de ese mismo año, á la página 19 dice don Apolonio Romero Alfaro lo siguiente: «que él estuvo en la batalla que tuvo lugar en Rivas de Nicaragua, el día 11 de abril de 1856; que la víspera de ese día por la noche Juan Santamaría, vecino de Alajuela y tambor de la compañía del declarante, encontró una botella de aguarrás; que al día siguiente cuando muchos de los enemigos se habían refugiado en el «Mesón» un ayudante de órdenes del General Cañas, llamado Pedro Rivera, penetró en el cuartel, se dirigió á la guerrilla de la cual era Comandante el declarante y dijo: ¿quién se atreve á incendiar el «Mesón?» y Santamaría dijo, que él se atrevía, y acto continuo empapó con aguarrás unos pedazos de lienzo y unas tuzas que encontró al acaso y formando una especie de tea, la que colocó en una caña escota rajada, se dirigió á incendiar el Mesón, habiéndole dicho antes de salir «recomiéndeme». Que la tea se encendió de tal modo, que al conducirla en la mano Juan Santamaría, semejava un torbellino de fuego; que con heroica resolución él la aplicó al edificio, que se incendió inmediatamente; y que al consumir ese hecho, pereció á consecuencia de los tiros que le dirigían los enemigos».

Según la exposición que conservo hecha por el mismo Teniente Romero, Juan Santamaría salió de Alajuela con las tropas de su provincia natal, comandadas por el Coronel Bosque, primer Jefe; era segundo Jefe Juan Alfaro Ruiz, entonces Teniente Coronel, y tercer Jefe el Sargento Mayor don Juan Francisco Corrales.

Salió la tropa de Alajuela el 4 de marzo; el día 20 estaban en Liberia. De camino para Rivas, se dispuso que Juan Alfaro Ruiz se quedase en la Virgen con tres compañías, y Bosque y Corrales siguieron para Rivas con el resto del ejército, en cuya primera compañía iba el Teniente Romero y el Tambor Juan Santamaría, llegando á Rivas en la noche del 10 de abril, víspera del gran asalto de los filibusteros. El Estado Mayor ha-

bía llegado algunos días antes. Las tropas de Alajuela se alojaron en la esquina opuesta al Mesón de Guerra, al Suroeste.

De las dos compañías del batallón de Alajuela que entraron á Rivas en la noche del 10, eran Capitanes Rafael Rojas y Nicolás Bonilla, respectivamente. Los Jefes estaban alojados con el Estado Mayor, que ocupaba una casa de don Evaristo Carazo en la esquina Noroeste de la manzana situada al frente Norte de la en que estaba el cuartel de Juan Santamaría.

Así se explica que las órdenes se comunicasen fácilmente por la parte de atrás y que para verificar el incendio del Mesón no hubiese más que cruzar la calle en línea diagonal hacia la esquina.

Poco antes de la entrada de los filibusteros, dice el Teniente Romero, había salido Juan Santamaría á buscar quien lavara las ropas de ambos, y no pudo volver á su cuartel hasta entre once y doce del día, sin saberse por donde vino, pues las balas cruzaban en todas direcciones; desde el techo del Mesón dominaban los filibusteros todas las calles principales de la ciudad. Cuando Pedro Rivera, ayudante del General Cañas llegó al Cuartel de Santamaría ya éste había intentado por primera vez darle fuego al Mesón. Pedro Rivera dijo: «pues que vaya á darle fuego, pero en la propia esquina». El soldado humilde salió con efecto á cumplir la orden, como si aquel fuese un mandato soberano.

La exposición del Teniente Romero abunda en detalles que por ahora omitimos consignar. En lo sustancial su dicho está confirmado por varios testigos, cuyas declaraciones corren impresas en la referida *información ad perpétuam*. San-

tiago Segura González dice: «que él se encontraba en el ejército costarricense que dirigía sus fuegos contra los enemigos guarecidos dentro del Mesón; que vió ardiendo una parte de ese edificio, y que poco después se corrió la noticia de que Juan Santamaría, vecino de Alajuela, era quien le había prendido fuego». José María Bonilla, también combatiente en la batalla de Rivas, concuerda en todo con el dicho de los anteriores declarantes. Gil Zúñiga Solano, también compañero de Juan Santamaría, ratifica el dicho del Teniente Romero, con detalles completos, y lo mismo hacen Felipe Cruz Alvarez, Juan Bautista González Castro, don José Mercedes Astúa, José María Lobo, José María Cedeño Fernández y José María Luna Rodríguez.

Juan Santamaría nació en la ciudad de Alajuela el día veintinueve de agosto de mil ochocientos treinta y uno, según consta de la partida de bautismo que se registra en los libros parroquiales y que está igualmente publicada desde 1891. Con tales documentos debemos considerar en todo tiempo como una herejía del patriotismo centroamericano toda manifestación que tienda á oscurecer la personalidad del héroe que contribuyó en primera línea á salvar estos pueblos de la dominación filibustera.

Dejemos en buena hora al bronce el encargo de perpetuar su memoria en las futuras generaciones. Bien hace Alajuela en conservar con orgullo la estatua de su hijo predilecto. Que el nombre de Juan Santamaría se invoque siempre que nuestra libertad se encuentre amenazada por la invasión extranjera!

ANASTASIO ALFARO

Compre nuestro Album de vistas de Cartago
54 páginas, 54 vistas, carátula en colores

Parábola del Milagro

por Oscar Wilde

Traducido especialmente para el "Magazín Costarricense"

Jesús regresó á Nazaret; y no conoció el lugar de su nacimiento; el Nazaret antes habitado por él, había sido un pueblo triste, henchido de lágrimas y lamentos. El Nazaret que entonces veía era una ciudad en que rebosaban las risas y los deleites.

Y el Cristo penetró en la ciudad y vió siervos cargados de flores que se agolpaban en la escalera de mármol de una casa hecha con la misma piedra blanca. Y el Cristo se deslizó á la casa, y en la testera de una sala de jaspe vió recostado en un lecho de púrpura á un hombre cuyos alborotados cabellos estaban cubiertos de rosas rojas y cuyos labios se hallaban rojos por el vino.

El Cristo se aproximó al hombre, le tocó en el hombro y le dijo:

—¿Por qué llevas esa vida?

El hombre se volvió, le conoció y le dijo:

—Fuí leproso. Tú me has curado. ¿Por qué he de llevar otra vida?

El Cristo se alejó de la casa.

Y he ahí que en la calle divisó á una mujer con el rostro lleno de afeites, con talle ceñido de lujosas telas y con los pies adornados de perlas. Y vió que tras ella caminaba un hombre vestido de ropas vistosas y con ojos inflamados de concupiscencia.

Y el Cristo se acercó al hombre y tocándole en el hombro, le dijo:

—¿Por qué sigues á esa mujer y la miras de ese modo?

El hombre se volvió, le conoció, y le dijo:

—Fuí ciego. Tú me has curado. ¿Qué cosa mejor puedo hacer de mi vista?

Y el Cristo se acercó á la mujer y le dijo:

—El sendero por donde vas es el sendero del pecado. ¿Por qué le sigues?

La mujer le reconoció y sonriendo le dijo:

—El sendero por donde voy es el sendero de las delicias. Tú me has perdonado todos mis pecados: ¿qué puedo hacer de tu perdón?

Y el Cristo sintió que de tristeza se le oprimía el corazón y quiso alejarse de la ciudad. Y al salir vió á un joven que, sentado en el brocal de una fuente, lloraba.

El Cristo se aproximó al joven y tocándole los rizos de la cabellera, le dijo:

—Amigo, ¿por qué lloras?

El joven alzó los ojos, le conoció y le dijo:

—Yo había muerto. Tú me resucitaste. ¿Qué otra cosa puedo hacer de mi vida...?

RECUERDOS DE CARTAGO



Aspecto de la calle de los Angeles,
después del terremoto del 4 de mayo



Ruinas del Mercado de Cartago

Oración fúnebre

pronunciada por el Canónigo don RICARDO ZUÑIGA
con motivo de las solemnes exequias celebradas en la
Catedral por las víctimas del terremoto de Cartago.

NOTA DE LOS EDITORES.—Publicamos esta pieza de oratoria sagrada, á petición de numerosos lectores nuestros que no pudieron asistir á la ceremonia fúnebre y que desean conocer el discurso pronunciado en esa ocasión. Todo lo que pudiéramos decir vale poco en comparación de tan sentido y hermoso trozo oratorio.

«Et æstimata est afflictio exitus illorum; illi autem suut in pace.»
«Y su muerte ha sido considerada como la más grande aflicción; pero ellos están en la paz.»

SABIDURÍA III.

ILMO. Y REVMO. SR. OBISPO,
MUY ILTRE. CABILDO ECCO.,
VENERABLE CLERO,
SEÑORES:

QUÉ podré deciros yo, en estas imponentes y conmovedoras circunstancias que corresponda á vuestro sentimiento, á vuestras lágrimas, á vuestros recuerdos, el trágico y terrible acontecimiento que hoy deploramos? Qué palabras podrían ser proporcionadas á nuestro común y general dolor? Cómo podré dar un alivio á tantas emociones y una esperanza á tanta aflicción? Y cómo osaría yo apartar en este momento nuestra vista, nuestra memoria de... aquel calvario de Cartago, regado con tanta sangre inocente; centenares de hermanos nuestros inmolados bajo aquellos espantosos escombros de la ciudad llamada noble y leal; ciudad santa, santificada por la veneranda imagen de Nuestra señora de los Angeles; cuna gloriosa de los esclareci-

dos patriotas de Costa Rica; asiento de la paz y de la justicia, cuyo ósculo benéfico resonará en vínculo de estrecha amistad en todo el continente centroamericano y esa ciudad tan bendecida de Dios, en la noche del cuatro de mayo próximo pasado, en un instante, *in actu oculi*, como si el cielo y la tierra se conjurasen contra ella, con horror y con espanto fué destruída por completo; espesas tinieblas cubren la inmensa planicie de escombros; al estruendo horroroso de aquella inaudita catástrofe, siguióse un silencio sepulcral, interrumpido por doquiera por las más tristes plegarias, terribles lamentos y doloridos ayes, y el estertor de los que agonizan y mueren. Oh! noche de tan tristes recuerdos, noche terrible, con qué te compararé? Oh! día lamentable que en todos los años y en todos los siglos entristecerá con tan lúgubre aniversario las páginas de nuestra historia. Oh! variedad de la vida. Oh! sorpresas de la muerte. Oh! profundidad de los designios de Dios!

Pero señores, yo no pretendo agravar el peso de nuestro justo, justísimo dolor, y menos intento pintaros los horrores de

aquella noche cruel. Para vosotros, para mí mismo vengo á buscar los consuelos de la religión, único y verdadero consuelo; aquí, sí, en el templo santo, al pie de los altares y ante la Magestad Augusta de Jesucristo, Redentor de la humanidad, venimos hoy á pedir en nuestra angustia, al Supremo Señor, con toda la ternura de nuestro corazón despedazado por el más terrible dolor, paz y descanso eterno para los que perecieron en tan tremenda catástrofe; y consuelos oportunos para los que quedamos en esta triste vida. Sí, señores, porque la verdad más consoladora y capaz de mitigar nuestro dolor es el creer que la grande é incomparable aflicción de nuestros hermanos víctimas del terremoto se ha convertido en una eterna dicha; y por un momento de angustia han ganado una paz inmortal y eterna.

Et æstimata est afflictio exitus illorum, illi autem sunt in pace. Y su muerte ha sido considerada como la más grande aflicción; pero están en la paz.

Cierto es, señores, que nada hay más doloroso en la vida que la separación producida por la muerte, aun cuando ésta se acerque con repetidos anuncios. Y, ¿qué necesidad tengo yo de decirlo en este momento? Pesada es la cadena de infortunios que arrastramos desde la cuna hasta el sepulcro. Los trastornos de la fortuna, los accidentes imprevistos, la pérdida de caudales adquiridos con mil trabajos y fatigas, pueden en

verdad arrancarnos muchas lágrimas.

Mas cuando la muerte viene á arrebatarnos de nuestro lado á seres que tiernamente amamos; cuando viene á privarnos, y de improviso, de centenares de hermanos y amigos, oh! señores, entonces podemos sentir bien el peso del destino humano y sin quererlo, de nuestro pecho oprimido, se eleva hasta el cielo el clamor del desgraciado amalecita: Ah! así es como la amarga muerte separa á los hombres!

La Sagrada Escritura siempre que en sus inspiradas páginas nos habla de semejantes dolores, pide al corazón humano sus más tiernos acentos y sus ecos más doloridos. Jacob llenando de amargura los últimos años de su vida porque llora inconsolable á su hijo querido que cree muerto.

David lamentando sobre las montañas de Gelboe, porque en su cima ha perecido el ósculo de los valientes, Jonatás, el amigo de su alma; y ya exhalando el grito más doloroso que ha salido del corazón de un padre: «Hijo mío Absalón, ojalá que yo hubiera muerto por ti.»

En tales angustias, inútiles son los consuelos humanos. Sólo Dios es capaz de mitigar tan gran dolor. Sólo el cielo puede enjugar nuestras lágrimas. Sólo la Religión con sus sublimes máximas puede templar nuestro quebranto; qué? acaso la muerte viene á romper todos los lazos que unen á los hombres? Acaso nuestros clamores no pueden llegar hasta el lugar que ahora habitan los que he-

RECUERDOS DE CARTAGO



Una de las principales calles de la ciudad al amanecer el 5 de mayo



Capilla de Salesianos, al amanecer el 5 de mayo.

De los escombros se sacaron dos cuerpos de dos hermanos de la Institución y uno de un huerfanito.—Una parte de la torre de esta capilla fué la que dió muerte al poeta costarricense don Rafael Angel Troyo

mos perdido? Nada podemos deponer sobre la tumba de nuestros hermanos?

En el seno de la Divinidad hay, católicos, una estrecha comunicación entre todos los miembros de la gran familia humana. La fraternidad cristiana abraza á la humanidad entera en la tierra y en el cielo, en la felicidad y en el infortunio.

Donde hay una desgracia que socorrer, allí acude la caridad llevando el auxilio de los que pueden aliviarla.

La Iglesia Católica es una grande y magnífica sociedad que va del tiempo á la eternidad y que abrazando con una misma cadena á los que todavía combaten sobre esta tierra, á los que ya han sido recompensados en el cielo y á los que sufren en el purgatorio, los une estrechamente á todos por los lazos de un divino amor.

En presencia de tan bella armonía, los horrores de la muerte, por cruel que ella sea, reciben un dulce lenitivo. Y la piedra de la tumba no es ya una barreira de eterna separación.

Esta comunicación de todos los hombres en el seno de la Divinidad, como nos lo enseña nuestra Santa Religión, es una tradición universal del género humano, tradición ligada con los sentimientos más íntimos y más dulces; pintada por todos los historiadores, cantada por todos los poetas, inmortalizada en el lienzo y en el mármol y en el bronce por innumerables artistas, reconocida por todas las tradiciones y expresada en to-

dos los cultos con las más solemnes ceremonias.

Hé aquí, señores, nuestro único consuelo. Así es que los hermanos y amigos queridos que hemos perdido en la aciaga noche de la destrucción de nuestra antigua metrópoli, gozarán ya, como lo esperamos, de la visión de Dios en la eterna gloria; podemos conservar con ellos una utilísima comunicación, invocando su amor y su amistad; y si por las faltas propias de la humana flaqueza sufren aun en el lugar de la expiación, tenemos también el no menos grato consuelo de aliviarles con nuestros sufragios y nuestras lágrimas, con nuestros sacrificios y nuestras buenas obras.

Sí, contemplémosles ante el Trono de la Majestad y la gloria de Dios, cubiertos con vestiduras blancas y llevando en su mano las palmas de su martirio. La heroína de la ciudad, hija del gran Vicente de Paúl, ángel de consuelo rodeada de sus nueve enfermos queridos. Las tres hijas del Sagrado Corazón de Jesús, de la Bendita Congregación de las Bethlemitas, madres de tantos seres sin padres. Los dos virtuosos hermanos salecianos, los continuadores de la gran obra de don Bosco, maestros del trabajo, rodeados de cinco inocentes niños. Ancianos, jóvenes y niños, esposos y amantes, padres estrechados á sus hijos de su corazón, el rico, el pobre, el comerciante y el agricultor; el poeta mártir y las inocentes hermanas que se abrazan al morir. Todos, todos, mártires fueron; su muer-

te fué terrible, y como víctimas, señor Dios Justo, Santo y Misericordioso os sean aceptadas; recibidlas en expiación, y perdonad á nuestro pueblo, devolviéndole la paz y la tranquilidad. *Parce Domine, Parce populo tuo. Perdona, Señor, perdona á tu pueblo.*

Sí ahora, después de una muerte tan dolorosa, nuestra fe, nuestra religión nos consuela considerándoies como una hermosa falange de gloriosos mártires entrando ya en el gozo del Señor, contados ya como hijos de Dios y en la suerte de los Santos. *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei et inter Sanctos sois illorum est.*

Ha sido y es también de grande é incomparable consuelo para nosotros, el espectáculo que presentó y que continúa presentando la caridad en nuestra patria querida, afligida y angustiada como nunca, al ver, al admirar cómo desde nuestra capital, al saberse la infausta noticia de la destrucción de Cartago y terrible situación de sus habitantes sobrevivientes, hasta el más apartado pueblo, unánimes se levantaron y presurosos corrieron al socorro de los desgraciados que quedaban sin hogar, sin abrigo y sin alimento. Desde el Jefe Supremo del Estado que á los cuatro días debía transmitir el poder al hijo predilecto de la misma ciudad

destruída, al aclamado y elegido de los pueblos, actual presidente constitucional. El Pastor amante y celoso prelado y las clases sociales todas hasta el último campesino. Y lo más significativo, señores, todas las colonias extranjeras, asociaciones y grandes compañías; los Gobiernos todos de las cuatro hermanas Repúblicas de Centro América; y los soberanos y gobernantes de Europa y demás países de América, todos, todos han extendido su mano bienhechora y prodigado inmensos beneficios á nuestra desventurada patria.

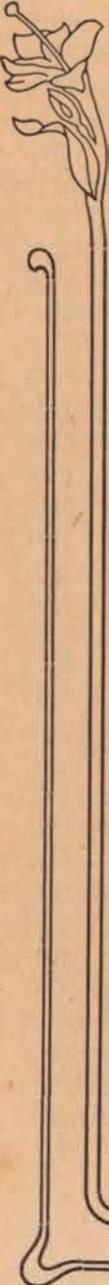
Séame permitido en esta oportunidad, haciéndome eco de la gratitud nacional, rendir en nombre de la patria y de la iglesia, sincero homenaje del más profundo agradecimiento por tanta, tanta benignidad que Dios recompensará con creces. *Retribuere dignare Domine omnibus bona facientibus propter nomen tuum.* Sí, Señor, por vuestro santo nombre dignáos recompensarlos. Y concluyamos ya, señores, clamando á nuestro Dios con la plegaria de la Iglesia Santa: Oh Dios! de quien es propio compadecerse siempre y perdonar, tened compasión de las almas de vuestros siervos y siervas y perdonadles todos sus pecados, á fin de que absueltos de los vínculos de la mortalidad, merezcan entrar á la vida eterna. Amén.

El Amanecer Campestre

(Concherías)

por Aquileo J. Echeverría

— f en Barcelona el 11 de marzo de 1909 —



Desde el regalado nido,
ó saltando por las ramas,
los clarines de la aurora
rompen en alegrés dianas,
y saludan con sus trinos
el albor de la mañana.
De muy lejos, de la aldea,
el eco de las campanas,
por la distancia esfumado,
débil llega y breve pasa
sin detenerse á escuchar
la orquesta regocijada,
de las aves que á la vez
vuelan, oran, ríen y cantan.
De la encumbrada techumbre
el humo en columnas se alza,
ó en sueltos copos navega
por la atmósfera azulada.
La mujer frente al fogón,
mantiene vivas las llamas
soplando á carrillo lleno
las robustas bocanadas
que de sus sanos pulmones
sin mayor esfuerzo arranca.
En el patio su marido
las herramientas prepara;
el machete y el cuchillo,
el zapapico y la pala.
Por encima del pretil
estira el cuello la vaca
envuelta en nubes de vaho
que piel y nariz exhalan;
busca impaciente su cría
con sus mugidos la llama,
mientras el tierno becerro
en el corralón se ufana
por abrir algún portillo
para correr á encontrarla.
En el panzudo caldero,
el agua que hierve canta.

Lista la bolsa, repleta
de café molido, aguarda
su beso, para brindarle
sus aromosas substancias.
Sobre el cuadrado de cedro
la mayor el dulce raspa
en tanto que las menores
el jarro y tacitas lavan.
En la cuna llora el niño;
la soledad no le agrada
y además tiene sabido:
«que el que no llora, no mama»;
que es la primera lección
que nos da Natura sabia.
Con el balde de la leche
entra el jefe de la casa.
Se descubre, se persigna;
todos en pie le acompañan;
y con la mirada en lo alto
y las manos enlazadas
lentos de fervor dirigen
una sencilla plegaria
en que imploran protección
de quien cielo y tierra guarda
y por los mil beneficios
de El recibidos dan gracias.
Ya el mantel está cubriendo
la limpia mesa cuadrada,
en breve sobre sus nieves,
humeante el jarro descansa
rodeado por un cortejo
de platillos y de tazas.

En amplio platón expuestas,
y por clases agrupadas,
dan seguro testimonio
de la habilidad del ama:
la rosquilla de bizcocho,
á fuego lento dorada,
ó el ojaldre de pan dulce
que una paloma remata,

dominando dos coronas
de hojas y flores tan raras,
que recuerdan los artistas
de las épocas primarias.
Las sabrosas quesadillas;
los rosquetes y empanadas;
el pan blanco, delicioso,
y las quebradizas *tártaras*.
Ocupan todos su puesto,
el niño afanoso mama
mientras la madre, á sorbitos,
el café con leche traga,
mezclando con él las glorias
suavísimas de las *tártaras*.
Leal, un perrazo lanudo
que es el guardián de la casa,
sentado espera impaciente;
con los ojos hechos ascuas
sigue fijo el movimiento
de la mano cuando baja,
para coger una rosca,
para levantar la taza,
para enjugar el bigote,
después que la lengua pasa
devolviendo á buen camino
alguna gota extraviada.
Su amo al fin repara en él
y le arroja unas tajadas
que no llegan nunca al suelo
porque en el aire las caza.
Por entre el denso follaje
de la arboleda cercana
algunos rayos de luz,
como filosas espadas
penetran, y al dar de punta
sobre la mullida grama
por la lluvia de la noche
con mil gotas coronada,
arrancan de ellas reflejos
de coloración tan varia,
tan fulgente, tan radiante
que rubíes, esmeraldas,
diamantes, y en fin, la gaya
colección de pedrería
de la flora subterránea
valen poco, nada valen
con sus iris comparada.

Un enjambre de gallinas
impaciente el grano aguarda
mientras el gallo vigila
sus odaliscas y canta.
Un grupo de campesinos
caminando alegre pasa
con sus fierros sobre el hombro
donde la alforja cabalga.
hidrópica de tortillas
de frijoles y otras viandas:
del sabroso huevo duro
y de la carne salada,
acicate de las sedes,
que la fresca fuente aplaca.

*
* *

Alabemos al Señor,
y bendigamos la patria,
donde el honrado labriego
sus santas leyes acata,
y conserva las costumbres
que trajeron los de España,
y practica las virtudes
de la doctrina cristiana:
el trabajo que redime
y la viva fe que salva.
Para esas gentes que tienen
sano el cuerpo y limpia el alma,
en el cielo todo brilla
y en la tierra todo canta.

Casa de Salud de Ntra. Sra. del Pilar

Barcelona

Enero de 1909.

Iremos reproduciendo algunas poesías del único vate popular costarricense que merece ese nombre y que, á pesar de su extraordinario talento, de su facilidad para escribir, de su inspiración inagotable para pintar nuestras costumbres y nuestra patria, jamás se envaneció ni el orgullo necio encontró albergue en su pecho de bohemio.

Cartago y sus hijos

El Presbítero don JUAN GARITA, cuyas producciones tanto han gustado al lector costarricense, escribe en pocas líneas una interesante historia de Cartago y de sus pueblos. Siempre hay algo que aprender en las relaciones del escritor conocido con el nombre de

FRAY JUAN

CARTAGO será reedificada! Esta dulcísima frase resuena en el alma de los cartagineses como el *resurget frater tuus* del Maestro Divino en el corazón de Marta, la inconsolable hermana de Lázaro.

Cartago, la siempre sonriente matrona de nuestro valle central, surgirá de sus escombros dotada de nuevos bríos y mayores encantos juveniles!

¡Cartago será reedificada!

Porque un hijo suyo rige, al presente, los destinos del país; el ilustre patricio en quien la Patria tiene cifradas sus esperanzas;

porque los que sobreviven á la destrucción de la metrópoli no quieren ver su cuna convertida en *campos de soledad, mustio collado;*

y porque en la creación nada se *aniquila;* todo se *transforma.*

* * *

Desde su segunda fundación, y hasta fines del siglo XVII, Cartago era una pobrísima *ranchería*. Los templos y edificios principales estaban cubiertos de paja (palma silvestre ó *cáscara* de cedro.

Los habitantes, soldados españoles, podían apenas defenderse de los indios bravos y numerosos.

Para sus cultivos empleaban á los indios conquistados, que no serían (como nunca lo han sido) modelos de actividad. Afortunadamente la caza era muy abundante, y era este un recurso principal en la colonia.

En el siglo XVIII ya hubo algunos intervalos de paz, y los españoles se proporcionaron algunas comodidades. La teja de barro y la madera, preparada con *sierras de mano*, les proporcionaron templos más decentes y moradas más confortables.

Las feraces selvas de los contornos se fueron transformando en ricas labranzas y disminuyeron sus necesidades.

Los tejidos de algodón reemplazaron el áspero *mastate*, y sólo á *los inocentes* se permitía el *vestido de Adán*. A fines del mismo siglo XVIII, algunos arriesgados comerciantes empezaron á traer al país los productos de la industria europea. Al principio del siglo XIX, aun se hallaba Cartago en bastante atraso. Fué después de la Independencia, ó mejor dicho,

desde que dejó de ser capital, cuando empezó para ella un progreso lento, pero sólido y formal. Fué comparada con San José, *la hermana menor*, menos lujosa y adornada, pero siempre átractiva, siempre joven. Cuando *cayó*, el porvenir le sonreía.

UJARRÁS

En el precioso valle, bañado por el Reventazón, se fundó en en la segunda mitad del siglo XVI y á raíz de la conquista, el pueblo de Ujarrás. No hay razón para creer que fueran indios los primeros pobladores, y si los hubo, fueron muy pocos.

Basta observar el color y costumbres de los actuales paraisños, para afirmar que descienden de españoles *sin mezcla*.

Los indios se replegaron en Orosi, de donde se *alzaron* después á las montañas, quedando una pequeña *reducción* cuando los *franciscanos* fundaron allí un convento á mediados del siglo XVIII.

Los vecinos de Ujarrás eran activos y laboriosos, su valle era el granero de la Colonia.

Los terrenos, fértiles y templados les producían de sobra para sus necesidades, y para llevar á la ciudad plátanos, yucas, maíz y los frijoles de múltiples colores, que se dan allí exhuberantes.

A fines del siglo XVII diezmó la población una fiebre y se pensó por primera vez en trasladar la población.

La epidemia empero, duró

poco y los vecinos se quedaron en su *preciosa villa*. No había, en efecto, en todo el país, una población que se asemejara á Ujarrás en belleza topográfica. Sentada á la izquierda del río, á cuyas márgenes se solazaban los vecinos en las tardes de verano, tenía calles rectas y limpias y estaba regada por numerosas acequias, sacadas del *Paez* (ó Pais) que formó al Norte la gran catarata.

Un *religioso doctrinero* administraba espiritualmente y enseñaba numerosos niños á leer y escribir en tablillas enceradas y hojas de plátano. En los más antiguos documentos de la villa se nota que los vecinos que sabían firmar eran numerosos.

Ujarrás dió al país varios estimables sacerdotes y entre ellos, el que honra al país entero, el padre Goicoechea, que se hizo admirar en la misma Guatemala por sus virtudes y conocimientos.

Por el año 32 del siglo pasado, la fiebre se desarrolló de nuevo en el valle, al par que el río venía ganando terreno por el Sur, y el pueblo fué trasladado al lugar donde está hoy con el nombre de *El Paraíso*.

EL PARAÍSO

Hé aquí cómo explicaba un anciano el motivo de llamar *lugar de las delicias* un pedacito del país, tan estéril y poco favorecido de la naturaleza.

«Los estragos de la fiebre y el temor á los avances del río que en cada *crecida* arrancaba un pedazo del valle, nos te-

nían á todos tan atemorizados, que al salir de Ujarrás al punto designado por el Gobierno para la nueva población, muchos decían: esto es un *Paraiso*. De ahí el llamar Paraíso al nuevo asiento de la población.»

El terreno es, en efecto, muy estéril, pero el valle de Ujarrás continuó siendo el granero de los paraiseños, con la condición, eso sí, de no pernoctar en el valle.

Por el año 79, con motivo de las vacaciones fuimos á conocer á Ujarrás con el entonces jovenito Federico Quesada. Se nos pasó el día sin sentir, cazando ardillas, y, puesto ya el sol y lista una cena de yucas asadas y plátanos ídem, en la casita de la finca del señor Quesada, padre de don Federico, éste llegó con bestias para los *tales cazadores*, pues era peligroso dormir en *el bajo*.

En los paraiseños se nota el espíritu dominante de la provincia: *orden y trabajo*.

De las 5 á las 6 de la mañana una fila interminable de labradores se dirige al valle á cultivar las propiedades que les dejaron sus padres y abuelos.

De allí, sin embargo, han salido talentosos jóvenes en busca de luz, y son luego servidores muy útiles á la patria.

De entre los más modernos, citaremos al ilustrado Presbítero don Yanuario Quesada, Licenciado Marín Calderón, don Federico Quesada, don Malaquías Sáenz, don Raimundo Solano, don Antonio María del mismo apellido, don Juan Can-

cio Quesada, varios García y otros muchos.

Lo más notable del Paraíso moderno era su nuevo templo.

Todo el techo y cubierta de hierro, costaron ₡ 13,800.

Su destrucción es una de las pérdidas lamentables de la provincia.

Hasta hace pocos años era, el Paraíso, el más extenso cantón de la República. Por el Este su jurisdicción llegaba hasta la Angostura. La creación de dos nuevos cantones la recortó mucho. Al sucumbir el 4 de mayo, el Paraíso avanzaba visiblemente por las sendas del progreso.

*
* *

En jerarquía civil, sigue, al Paraíso, La Unión ó Tres Ríos; con todo, en estos apuntes nos seguiremos ocupando de los otros distritos de Cartago (hoy villas, algunos de ellos).

A cortísima distancia de la ciudad, como una prolongación de la misma, está San Rafael, parroquia desde 1867.

A principios del siglo pasado vivían en el centro del barrio las dos familias Quirós y Mora, y, probablemente, la familia Guillén, de origen mejicano, cuyo tronco fué Juan Ventura Guillén.

Cuando la población se aumentó, los vecinos pidieron y obtuvieron, pagando un derecho, los vastos territorios llamados hoy Rudillal, Potrero Cerrado, Tierra Blanca, Los Horcones y Las Huacas.

De ahí el gran desarrollo de la agricultura en aquel distrito.

RECUERDOS DE CARTAGO



Ruinas en una de las principales calles de la ciudad, causadas por el terremoto del 4 de mayo de 1910



El grupo de gente representa el momento en que sacaron de los escombros el cuerpo de un hombre que se encontró sentado en actitud de escribir.

Aun hoy es San Rafael el granero de Cartago, compitiendo con el riquísimo Tejar.

Las papas no tienen rival, el maíz se produce en abundancia, lo mismo que los cubaces. San Rafael con sus caseríos, contiene más de 3,000 habitantes; pero su proximidad á la capital de la provincia, la impide pensar en su independencia municipal.

Creemos, sin embargo, que cualquier Congreso la elevaría á cantón sin muchas discusiones, pues mejor que otras lo merece.

Hace unos veinticinco años, próximamente, la ciudad le hizo un recorte de consideración, asociada de la parroquia central.

Lo que se llama hoy barrio de San Blas, y sus tierras de labor: Tierra Blanca y Las Huacas, le fueron quitadas de un tajo, recargando el trabajo de la *vicaría foránea*, no sabemos si con daño ó beneficio de los fieles.

Las costumbres patriarcales de los rafaieños han sido siempre celebradas al par que su espíritu religioso.

Cervantes, á cosa de 4 kilómetros del centro, y Cot, á dos y medio, son importantes caseríos del barrio.

Pascón, Cipreses y Potrero Cerrado, se van poblando notablemente.

San Rafael ha sufrido un terrible golpe con el terremoto del 4 de mayo.

Su hermosa iglesia, ya para terminarse, fué totalmente destruída.

Reciban por ello mi sentida condolencia mis coaldeanos y

su muy digno párroco el Presbítero Rojas, á quien la obra costó grandes desvelos.

Históricamente, y de acuerdo con las tradiciones lugareñas, fué en San Rafael donde se corrieron los primeros toros. Hé aquí este trozo, que *si non é vero, non é mal trovato*.

«Viendo el carácter que tomaba en la América el movimiento de independencia, el señor Capitán General de Guatemala pidió al Gobernador de Costa Rica (Acosta, probablemente), cien soldados escogidos, solteros, sanos de alma y cuerpo, y de 20 á 25 años de edad.

Para facilitar la selección ó recogida, se encargó á los vecinos de Churuca, hoy San Rafael, que prepararan gran cantidad de *atol agrio* (aquí masamorra).

Se mandó hacer las barreras en un potrero de los Quirós y se invitó por toda la provincia á unos toros.

La novedad del espectáculo atrajo numerosa concurrencia.

Cuando la fiesta estaba en lo mejor, llegaron algunos oficiales y en pocos minutos, *este deajo*, y este *me llevo*, juntaron los cien mozos que pedía *Su Excelencia el Virrey*.

El *agüelo* que me contó esto con mucha formalidad, seguía refiriendo el viaje de los muchachos esos y su conato de insubordinación cuando habían pasado varios meses y no los ocupaban, lo que obligó á sus jefes á volverlos al país.

«Esto no se halla escrito en nuestra Historia», nos decía un estimable caballero; pero eso no

RECUERDOS DE CARTAGO



Edificio Municipal de Cartago, después del terremoto.
En sus salones tuvo lugar la instalación
de la Corte de Paz Centroamericana.



Estado de los edificios que quedaron mejor en Cartago
después del terremoto.

nos autoriza á negar, pues la cosa no tiene ninguna imposibilidad, y nuestra Historia escrita no es tan completa que digamos.

Creo, además, que cada tradición conservada en el pueblo contiene sus granos de verdad, como el puñado de tierra de una veta mineral lleva sus migajas del precioso metal.

En San Rafael, cerca del paso La Chinchilla, vió la luz uno de nuestros presidentes, sobre quien la historia no ha pronunciado su último fallo: el Licenciado don Braulio Carrillo. Allí pasó sus primeros años el temible don Braulio, en la hacienda de sus padres.

El Capitán Guillén (don Mercedes), fué un hijo de San Rafael, muy estimado en todo el país.

Valiente militar, escultor notable y famoso espadachín, dejó su familia en la villa de Escasú, donde acabó sus días.

El padre de un Obispo nicaragüense (el anterior Ilmo. señor Ulloa y Larios), don Manuel Ulloa, era rafaeleño.

Al clero ha dado San Rafael sujetos distinguidos, entre otros los Presbíteros Chacón, Barquero (don Tomás) y don Juan María Quirós, que aun vive en la capital.

El ramo de agricultura, que ha creado algunas fortunillas en el barrio, ha sido el de las papas. En Pascón y Tierra Blanca fué donde se empezaron á cultivar antes que en ninguna parte del país.

Hoy en Tierra Blanca y Potrero Cerrado tienen 4 ó 5 cla-

ses de papas extranjeras, pero ninguna iguala en calidad á las antiguas, aplastadas, que se daban en San Juan y Las Huacas.

Hay algunos vecinos que se dedicaron, con pequeños recursos, al cultivo de las papas y hoy son gentes acomodadas, poseedoras de grandes y productivas heredadas.

Don Zenón Sanabria en el barrio; los Ortiz y Sánchez en Tierra Blanca, etc.

El trigo, que se da muy bueno en esos lugares, ha dejado de cultivarse y es muy de sentirse.

Vecinos como el señor Sanabria, que pueden hacerlo, podrían sembrar un campo de trigo y pedir al exterior las máquinas necesarias para beneficiarlo, y ya verían si el negocio les producía más que las papas.

Los primeros que tal hicieran, tendrían el doble mérito de dar el ejemplo y de enriquecerse honradamente.

Cot es la huerta de Cartago. De allá vienen al mercado, jueves y domingo, toda clase de legumbres.

Los ajos y cebollas se dan tan buenos en todo el distrito, que, cultivados en grande escala, bastarían para abastecer al país.

La providencia ha probado al vecindario como al resto de la provincia.

¡Ojalá que no desmaye su valor y torne á ser como antes próspero y feliz este modesto hijo de la desolada Cartago; el distrito de San Rafael!

(CUENTO)

Una noche de terror

Por EDUARDO M. EVANS

En donde el curioso lector verá lo que aconteció á una hermosa doncella á quien su marido dejó sola y cómo terminó una terrible noche de espanto con el arrepentimiento de un esposo descuidado.

CON un sacudimiento de calofrío producido por el miedo que le inspirara el párrafo que acababa de leer, María dejó caer el periódico.

Una ráfaga de viento azotó la ventana, y el ruido arrancó un grito de espanto á su garganta. La tensión de sus nervios era tremenda. El miedo se apoderaba de su alma. Menos mal había pasado las primeras horas de la noche; pero ahora ya eran las once y su temor iba en aumento, conforme el reloj, con su cruel monotonía, marcaba los minutos. El acompasado *tic-tac* del péndulo hacía más lúgubre la soledad.

La noticia que acababa de leer en el diario, era la causa directa de su alarma. Con vivos colores detallaba el periódico la manera cómo, la noche anterior, un ladrón nocturno se había introducido en una casa de los alrededores de la capital, asaltando á una señora que, á esas horas, se encontraba sola. El criminal había torturado cruelmente á la infeliz mujer hasta hacerla confesar dónde guardaba su dinero y sus joyas. Los golpes que recibiera de sus manos la tenían postrada en cama, y los doctores no se atrevían á asegurar su curación.

La relación del hecho no podía ser lectura grata para nadie. A María le causó un efecto terrible. En esos momentos se encontraba sola en la casa. Era principios del verano y vivía en una casita de campo en un barrio retirado de la capital, y lo peor del caso era que los vecinos no abundaban por allí.

Si por desgracia se presentaba en escena algún malhechor estaría á su merced á esas horas. La pobre mujer se estremeció; á punto estuvo de desmayarse. Y la situación era aún más angustiosa para María que apenas contaba tres meses de casada. Pocos días después de su boda se trasladaron á la casita de campo. ¡Con cuánto placer se instaló en ella! La idea de vivir por temporadas en el campo la deleitaba; lo retirado del sitio para gozar á su antojo de la soledad, la encantaba. Pero ahora la llenaba de pavor.

Cuando Guillermo, su esposo de tres meses, la acompañaba, la vida allí admitía comparación con la de Adán y Eva en el Paraíso. El miedo no se había colado en ella. Entonces no se sentía solitaria y triste. Pero, ay! de un mes á esa parte, Guillermo se quedaba por las noches en la ciudad, con singular frecuencia. Y esa noche estaba en el Club con unos amigos. Por la tarde, después de comer, le anunció que regresaría á media noche.

En otras ocasiones la esposa se encontraba solitaria, triste y abatida, pero ahora sentía temor,—el temor que tortura. La narración del periódico pesaba en su ánimo, porque ella, como la mujer del caso, se encontraba sola.

Su única sirvienta, era una viuda pobre que por las noches iba á dormir á su casa, así es que María no contaba ni siquiera con medio alguno de pedir socorro en caso de un atentado.

«Oh! Guillermo, tan ingrato, por

que no estás aquí? ¿Cómo has podido dejarme tan sola?» sollozaba desconsolada la infeliz criatura.

Jamás, ni con palabras ni con una mirada siquiera, le había dado á entender que sus quedadas en la ciudad por la noche la mortificaban. Siempre procuró ocultar la amargura que le causaba. Pero ahora era distinto. Estaba envuelta en la soledad y podía dar rienda suelta á su dolor y angustia.

—Oh! Guillermo, si estuvieras á mi lado!

De pronto, como si la invocación del esposo ausente la hubiera iluminado con una idea salvadora, se levantó del asiento, miró á su alrededor y exhaló un suspiro. Poco á poco el color volvió á sus mejillas pálidas; la expresión de tristeza desapareció de sus ojos; sus labios medio caídos, se comprimieron un tanto y luego se dibujó en ellos una sonrisa seductora. Salió precipitada de la sala; se dirigió á la recámara. Con miradas furtivas escudriñaba desde las ventanas los alrededores de la casa. La sonrisa no abandonaba sus labios.

*
* *
*

Guillermo, entretanto, se encontraba en el Club pensando más en su esposa que en los amigos. Sin embargo, no se le ocurrió que ella pudiera estar sufriendo. No cabe duda que estaba enamorado de su mujercita y que sus encantos seductores lo atraían hacia ella con poderoso impulso; pero no le guardaba las consideraciones que se merecía. Es cierto que él se reprochaba á sí mismo por su abandono; mas la libertad de acción, de que tanto abusan los hombres, lo alejaba del hogar por temor de que los amigos pensarán que María lo dominaba á tal extremo que no se atrevía á dejarla sola de noche, para hacerles compañía á ellos en el Club. Pero jamás se imaginó lo que esto pudiera significar para ella. Nada le había dicho; ni directa, ni indirectamente. La idea de la soledad de la recién desposada no había anidado en su mente. Así,

pues, meditaba en su esposa tan sólo por motivos de egoísmo personal. Y el resultado de esta meditación fué que á las once de la noche se despediera de sus amigos y emprendiera la marcha á pie hasta su casa, situada más allá de la Estación del Ferrocarril al Atlántico. Ninguna pena le causaba separarse de sus íntimos tan temprano; era que se dirigía en busca de ella,—de su María.

Cuan grata sería la sorpresa que recibiría su tierna compañera al verlo regresar antes de la hora acostumbada. Apresuró el paso; por lo general gastaba veinte minutos en recorrer la distancia; pero ahora gastaría quince.

La noche estaba hermosa y tibia. La luna nueva dejaba ver su perfil en la mitad de la bóveda celeste. Conforme se acercaba á su casa, Guillermo dejaba escapar suspiros arrancados á su alma por su propia felicidad.

Con el corazón y el alma henchidos de alegría llegó por fin á la esquina de la manzana de su habitación. Apresuró más el paso y... con gran sorpresa se encontró con la casa brillantemente iluminada. Habitualmente, cuando regresaba tarde, una luz débil iluminaba el vestíbulo y otra más viva el aposento conyugal. Ahora, sin embargo, de todas las ventanas irradiaba un torrente de luz. Guillermo se quedó estático, como clavado en el suelo. Estaba asombrado. ¿Qué significaba todo esto? Desde la verja contemplaba la escena.

Un ligero movimiento de los arbustos sembrados entre la verja y la casa llamó su atención. Miró con insistencia y observó que una sombra se movía y se separaba de las otras. Un instante después distinguió la silueta de un hombre que en precipitada carrera se dirigía hacia la casa. Los movimientos furtivos de la sombra infundieron tremendas sospechas en su alma.

—¡Alto, allí!—exclamó con marcada dureza.

En vez de pararse, el hombre con-

tinuó su fuga hacia la puerta de la casa.

—Que se pare, le digo!—volvió á gritar Guillermo, y se lanzó en persecución de la sombra.

Pero la ventaja era demasiado grande. Aun lo separaban unas veinte varas del fugitivo; éste alcanzó la entrada. Para mayor asombro de Guillermo, la puerta que siempre estaba bien cerrada por las noches, se abrió como por encanto; el hombre entró, y cuando él se acercaba, oyó el ruido seco de la puerta que se cerraba en su cara y el correr del cerrojo por dentro.

En vano golpeaba con los puños sobre la puerta. La furia se había apoderado de su razón. Oyó un grito de espanto en el interior. Era un grito lanzado por su esposa, mas la puerta permanecía cerrada, y luego... silencio profundo, apenas interrumpido por el resoplido de su propia respiración jadeante.

En un principio Guillermo enmudeció por la cólera irracional del hombre así burlado bajo el umbral de su propia casa. Un instante después una nueva sensación se apoderó de él. Los celos, esa maldición eterna del género humano, esa ponzoña que envenena el corazón más sano, surgieron dentro de su pecho. Entre las garras de esa pasión insana se estremecía, mientras que el temor aprisionaba su alma.

¿Quién era el hombre que en su ausencia llegaba cauteloso hasta su hogar; para quien las ventanas estaban iluminadas; ante quien la puerta se abría sin resistencia, la puerta que para él—el esposo—estaba cerrada? Parecía faltarle el sentido entre las garras de esta emoción.

Volvió á golpear la madera, gritando: —«¡Abran la puerta!»; nadie le respondió.

Con mano temblorosa introdujo el llavín en la cerradura; fué en vano; el cerrojo estaba echado por dentro. Ahogando un grito de furia, de un salto se acercó á la ventana de la sala. Un puñetazo bastó para romper uno de los cristales; por el hueco se introdujo. Loco de furor atravesó

la estancia y llegó hasta el vestíbulo. Allí se detuvo bruscamente al ver junto á la puerta el cuerpo inmóvil de un hombre tendido boca-abajo. Era el hombre á quien había perseguido.

¿Qué le pasaba?... ¿Por qué estaba allí, sin sentido, en el suelo?... Guillermo, incapaz de darse cuenta de la situación, estaba mudo. ¿Qué había sucedido á su esposa? ¿Dónde estaba? ¿Estaría acaso oculta, temerosa por su falta?

El mismo interrumpió esta cadena de conjeturas. Primero aseguraría al ladrón de su honra; tal vez estaba fingiendo. Se acercó al cuerpo inmóvil cautelosamente. Luego se burló de su propia corbardía; el supuesto ladrón no era más que un muchacho de pocos años. Le había parecido más grande en la obscuridad. Guillermo se arrodilló y volteó el cuerpo. El sombrero cayó al suelo al levantarle la cabeza. Una lluvia de hilos de oro se esparció sobre sus rodillas al sostener la delicada cabecita. Guillermo miró con fijeza la cara que tenía entre sus manos.

¡María!—gritó.—¡Dios mío, si es mi María!

Olvidándose de todo se puso á frotarla para volverla en sí. Trajo un vaso con agua, empapó su frente y roció su rostro mientras profería palabras de cariño.

Poco á poco María abrió los ojos y los fijó en Guillermo como si acabara de despertar de un sueño placido y tranquilo.

María!—volvió á exclamar Guillermo, y besó sus pálidos labios.

Como un relámpago María recobró su memoria.

—¿Dónde está? ¿Qué se hizo el hombre?—tartamudeaba María. Lo has matado?

—Todavía no—respondió Guillermo.

—Pero si estaba golpeando á la puerta. Me persiguió. Entré violentamente y cerré con el cerrojo, mientras él me gritaba desde afuera: «Abra la puerta». Ah! qué miedo tenía yo! Enseguida me desmayé. ¿Le has visto?

—Todavía no, confesó él. Porque has de saber que el hombre era yo.

—Tú?...

—Sí, yo mismo. Cuando me acerqué á la casa te vi entre las sombras, te seguí creyendo que eras algún ladrón, ú otra cosa semejante.

—Gracias á Dios!—exclamó María sentándose en el piso, y continuó: Si yo creí que tú eras otro ladrón.

Buen cuidado tuvo Guillermo de no decir nada de lo que había pensado momentos antes.

—¿Y, qué demonios hacías tú vestida con esas ropas?

—Tenía yo tanto miedo estando tan solita; acababa de leer una cosa terrible en el periódico. Y luego...

luego tuve una idea. Se me ocurrió vestirme con tus ropas y salir al jardín para que si se acercaba algún malhechor creyera que había hombre en la casa. En seguida encendí todas las luces para hacer creer que aun no estábamos recogidos. Dejé la puerta entreabierta de manera que pudiera entrar inmediatamente en caso de que alguno se acercara. Viniste tú; me seguiste y me gritaste. Qué miedo!

En esta hora de excitación nerviosa, María refirió á Guillermo la historia de su soledad y tristezas. Y él, pecador arrepentido sinceramente, juró jamás dejarla sola otra vez,—y lo ha cumplido.

Lo que dicen nuestros Agentes

Avísanme Puntarenas ejemplares MAGAZIN agotáronse. Remitan allí más ejemplares.

Santa Cruz, junio 11 de 1910

F. DE P. AMADOR

Ejemplares de su bello é interesante MAGAZIN se colocaron todos en este pueblo.

San Pablo de Tarrazú, junio 7 de 1910.

MERCEDES CORDERO J.

Números de MAGAZIN que se sirvieron enviarme están agotados y necesito que me remitan más ejemplares porque me urgen para la venta en esta su casa.

Alajuela, junio 10 de 1910.

CARLOS CALVO F.

En menos de un cuarto de hora los vendí todos y aun quedó mucha gente, deseando el número dos. Mi deseo es ayudar en algo á quienes como obreros tenaces de la inteligencia, buscan el mejoramiento de la humanidad. Merecen calurosa felicitación y ha causado una agradable sorpresa en el público tan ardua labor.

Grecia, junio 14 de 1910.

MIGUEL SOTO R.

Inmediatamente fueron colocados los ejemplares de MAGAZIN, sobrando solicitudes para su importante revista.

Santa María de Tarrazú, junio 18 de 1910.

MARCELINO VALVERDE

Les envió las suscripciones que he conseguido, y deseo que su bonito periódico no falte en este triste barrio.

Aranjuez, 3 de junio de 1910.

JULIA VARGAS

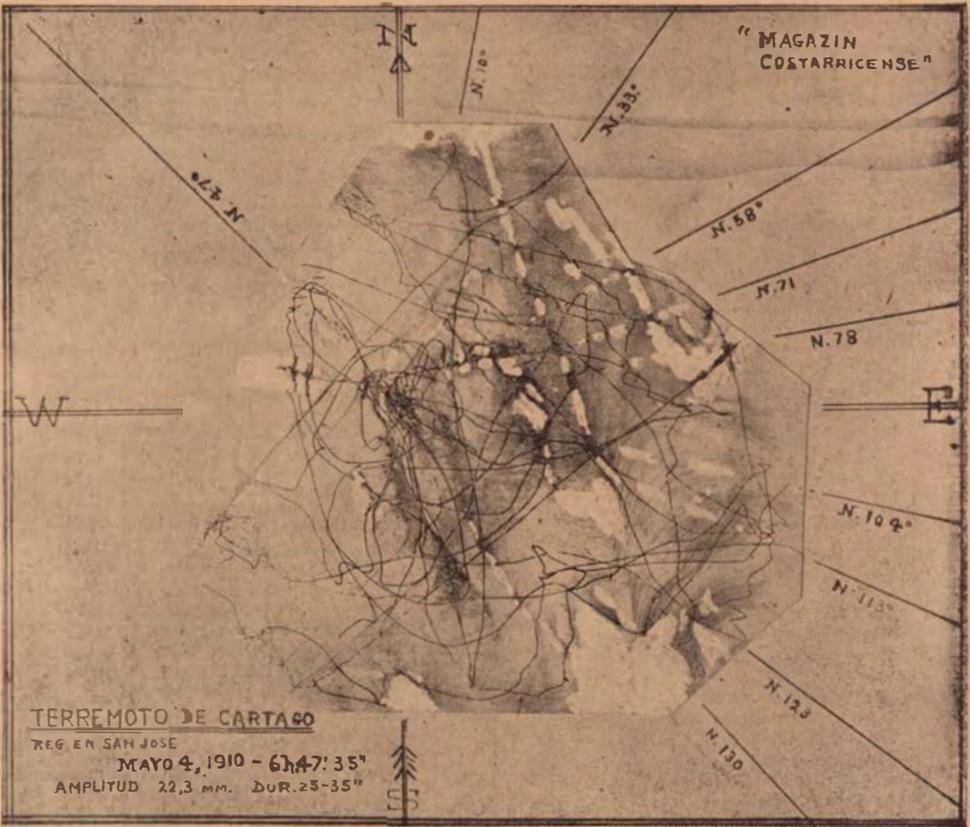
Calendario Costarricense

Por PEDRO NOLASCO GUTIERREZ

JULIO

Mes de relámpagos y truenos.—Temblores ú otros fenómenos los días 2, 8, y 21; lluvias, menos en los días 7, 11, 15, 18, 19, 20, 22 y 25 á 31

- 1 **VIER.**—Stos. Casto y Secundino obs. mrs., Martín ob., Julio mr. Saturno en conj. con la Luna á 9 p. m.—Saturno 0° 23' S.
- 2 **SÁB.**—La Visitación de N. S. á Santa Isabel, sto. Proceso, Sale el N° 3 del MAGAZIN COSTARRICENSE.
- 3 **Dom.**—Stos. Jacinto mr., Anatio ob., Heliodoro ob., y Mustiola. Perigeo á 9 h. 14' p. m.
- 4 **LUN.**—Stos. Laureano arzob. mr., el beato Gaspar de Bono. Venus en conj. con la Luna á 12 h. p. m.—Venus 2° 37' S. Sol en apogeo á 5 h. p. m. Independencia de los E. U. de América.
- 5 **MART.**—Sta. Cirila mr., el beato Miguel de los Stos, Filomena vg. Mercurio en conj. con la Luna á 12 m.—Mercurio 3° 8' S.
- 6 **MIÉR.**—Stos. Severino mr., Rómulo ob. mr., Lucía mr., Dominga vrg. Del Ant. Test.: Isafas prof. Neptuno en conj. con la Luna á 11 p. m.—Neptuno 4° 40' S.
- 7 **JUEV.**—Stos. Fermín ob. mr., Claudio mr., Benedicto XI papa, Sinforiano mr.
- 8 **VIER.**—Stas. Isabel reina de Portugal, Priscila, stos. Procopio mr. Mercurio en su nodo ascendente á 7 h. a. m.—Marte en conj. con la Luna á 2 h. p. m.—Marte 3° 53' S.
- 9 **SÁB.**—Stos. Cirilo ob. mr., Zenón y 10,203 comps. mrs., Bricio ob., Audax mr., y Natalia vrg. ob.
- 10 **Dom.**—Stos. Yanuario, Félix, Felipe, Sílvano, Vital, Alejandro y Marcial mrs., hijos de Santa Felicitas, Rufina y Segunda mrs.
- 11 **LUN.**—Stos. Pío I, papa mr., Sabino y Abundio.
- 12 **MART.**—Stos. Juan Gualberto ab., y mr., Nabor y Félix mr. Neptuno en conj. con el Sol á 2 h. a. m.—Mercurio en perihelio á 10 h. p. m.—Júpiter en conj. con la Luna á 8 h. p. m.—Júpiter á 2° 58' S.
- 13 **MIÉR.**—San Anacleto papa mr.
- 14 **JUEV.**—Stos. Buenaventura ob., cf. y dr., Focas ob. mr., y Ciro ob.
- 15 **MIÉR.**—Cuarto creciente á 2 h. 47' a. m. Fiesta Nacional de la República Francesa.
- 16 **VIER.**—Sto. Enrique emperador.
- 17 **SÁB.**—*El triunfo de la Santa Cruz.*—S. Sisenando mr. Mercurio en conj. con Neptuno á 2 h. a. m.—Urano en oposición con Sol á las 11 h. a. m.
- 18 **Dom.**—Alejandro, León IV papa, Jacinto mr., Donata y Segunda mrs., Marcelina de Milán vrg.
- 19 **MART.**—Stos. Camilo fund., Julián, Nemesio, Primitivo y Justino. Mercurio en conj. superior con el Sol á las 10 h. a. m.
- 20 **MART.**—**San Vicente de Paúl cf.,** stas. Justa y Rufina vrgs. mrs. Mercurio en conj. superior con el Sol á las 10 h. a. m.
Reunión general de la Sociedad de San Vicente de Paúl
- 21 **MIÉR.**—Stos. Jerónimo, Emiliano cf., Liberata, Margarita vrgs. mrs. Del Ant. Test.: el prof. Elías.
7° Aniversario de la muerte de Su Santidad León XIII Independencia de Colombia.
- 22 **JUEV.**—Stas. Práxedes y Julia vírgenes, S. Víctor de Marsella. Del Ant. Test.: el prof. Daniel. Urano en conj. con la Luna á 3 h. p. m.—Urano á 3° 44' N.
- 23 **VIER.**—Sta. María Magdalena, penitente, stos. Platón mr. y Teófilo.
- 24 **Luna llena** á 2 h. 59' a. m.—El Sol en nodo ascendente á 1 p. m. Marte en afelio á 11 h. p. m.
- 25 **SÁB.**—Sto. Apolinario ob. mr. Mercurio en latitud heliocéntrica máxima N. á 5 a. m.
- 26 **Dom.**—S. Francisco Solano cf., sta. Cristina vrg.
- 27 **LUN.**—**SANTIAGO EL MAYOR (Patron del Puriscal y de las milicias de la República).**—Sta. Valentina vrg.
- 28 **MART.**—**SANTA ANA,** madre de N. Señora (*Patrona del cantón del mismo nombre*), sto. Jacinto mr. Venus en conj. con Etha Géminis.
- 29 **MIÉR.**—Stos. Pantaleón mr., Mauro ob., Jorge diác., Natalia, mrs.
- 30 **JUEV.**—Stos. Nazario y Celso mrs. Venus en conj. con Mu Géminis á 11 a. m. Independencia del Perú.
- 31 **VIER.**—Stos. Félix II, papa mr., Simplicio, Faustino, mrs., Guillermo ob. cf., Próspero cf., Marta vg., Beatriz mr., Lucila, v. mr. Saturno en conj. con la Luna á 6 h. a. m.—Saturno á 0° 52' S.
- 32 **Cuarto menguante** 3 h. 57' a. m.
- 33 **SÁB.**—Stos. Abdón y Senén mrs. Perigeo 5 h. 14' p. m.—Saturno en cuadratura con el Sol
- 34 **Dom.**—**SAN IGNACIO DE LOYOLA,** fundador de la Compañía de Jesús, y S. Germán, ob. de Auxerres.



(Ampliado 6 veces por el Sismógrafo)

SISMOGRAMA Y DIRECCIONES PRINCIPALES DEL TERREMOTO QUE DESTRUYÓ A CARTAGO Y PUEBLOS VECINOS, EL 4 DE MAYO DE 1910

Por PEDRO NOLASCO GUTIÉRREZ.

En San José se sintió a las 6 horas, 47 minutos y 35 segundos de la noche. Sus direcciones principales son:

N. 10°	E. Confluencia del Río Suro y el de Sarapiquí.	N. 113° 30'	E. Dirección de Cartago.
N. 33° 0'	E.	N. 123° 30'	E. del Chirripó Grande, N. 121° 52' 30" E.
N. 58° 30'	E. Dirección de Guadalupe de San José.	N. 130° 30'	E.
N. 71° 4'	E. del Irazú.	N. 47° 0' W.	Dirección de La Unión del Salvador, que pasa poco al Oeste del volcán Miravalles.
N. 78° 30'	E.		
N. 0° 0'	E. Dirección de Cot.		
N. 104° 0'	E.		

Creo que estos puntos merecen considerarse y tomar en cuenta que el epicentro del temblor del 27 de diciembre de 1905 estaba al Este, entre Cot y Paraíso, según determinación que hice con el Dr. Michaud.

Como mucho se ha dicho de fenómenos al Sur de San José, no es por demás indicar que un gran geólogo francés dijo que el Chirripó Grande es un volcán. Por la misma razón me parece conveniente que se estudien los dos volcanes extinguidos que da el Almirantazgo Americano.

ALTURAS DE ALGUNOS PUNTOS

San José (Observatorio)	1168,94 metros	0° 56' 1"	N. 84° 4' 10,75"	W. de Gr.
Cartago (Colegio San Luis)	1436,2	» 0° 52' 41" 5	N. 83° 56' 26,1"	» » »
Volcán Irazú	3429	» 0° 59' 27" 6"	N. 83° 54' 5,1"	» » »
Chirripó Grande	3800	» 0° 27' 59"	N. 83° 31' 2,5"	» » »
» volcán extinguido	2381	» 0° 41' 33"	N. 84° 8' 0"	» » »
» » »	2419	» 0° 40' 25"	N. 84° 9' 50"	» » »